

Espíritu

Is 40,1-5.9-11;

Sal 84;

2Pt 3,8-14;

Mc 1,1-8

Tal como está escrito en la profecía de Isaías: «Mira, envío por delante a mi mensajero para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: Preparan el camino al Señor, enderecen sus senderos». Se presentó Juan, en el desierto bautizando y predicando un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados. Toda la población de Judea y de Jerusalén acudía a él, y se hacía bautizar en el río Jordán, confesando sus pecados. Y predicaba así: «Detrás de mí viene uno con más autoridad que yo, y yo no soy digno de agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado con agua pero él los bautizará con Espíritu Santo».

El inicio de la buena nueva anunciada por Jesús, que es Mesías e Hijo de Dios, tiene sus raíces en la historia de Israel, cuando Malaquías (3,1) proclamaba el envío de un mensajero de Dios que venía a purificar a los sacerdotes del templo, e Isaías (40,3) que pedía a Israel de prepararse para volver del exilio, convirtiéndose del pecado al Señor.

Hay una historia en la que estamos incluidos también nosotros, “paganos”, que nos hemos convertido en discípulos del judío Jesús. Es la historia del amor de Dios hacia un pueblo; historia que hace a todos los pueblos partícipes del mismo amor. Es una historia que continúa con Juan, enviado a sumergir al pueblo en las aguas del Jordán para purificarlo del pecado y pedirle la conversión del corazón. El Señor se hace presente una vez más en la historia, y esta vez de modo pleno y definitivo, para pedir a su pueblo de dejar los pecados y seguirlo por el camino de la justa relación con los hermanos. El pueblo acoge feliz esta propuesta del Señor que se hace presente en Juan. Él vive en el desierto como un pobre y confía su vida al Señor. El desierto es un lugar poco propicio para la vida, pero sin embargo la vida está presente. Y es en el desierto donde el Señor ha educado a su pueblo, en el camino de la esclavitud de Egipto hacia la libertad de la tierra prometida. Es en el Jordán donde Juan anuncia la venida de uno más fuerte que él, que no sumerge en el agua, sino en el Espíritu del Señor, para purificar simbólicamente el corazón, para hacer nuevo el corazón de quien acepta la invitación a la conversión.

Es el Señor quien toma la iniciativa donando el Espíritu, como había anunciado Jeremías (31,31-34), y Ezequiel nos introduce en el misterio de Dios, a fin de que también nosotros podamos vivir de su amor y por su amor.

*¡Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos!
¡Todo hombre verá la salvación de Dios!*

La palabra “solidaridad” está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos (EG 188).